

DISCURSO DEL EXCMO. SR. D. ALFONSO NIETO,
RECTOR MAGNÍFICO DE LA UNIVERSIDAD
DE NAVARRA

Eminentísimo Sr. Cardenal.

Excmos. e Ilmos. Sres.

Colegas de Claustro Universitario.

Estudiantes. Señoras. Señores:

Cuando una institución sabe asumir su propia historia, recorre con mayor brío aventuras del espíritu que miran a la infinitud. La Universidad de Navarra quiere recoger el legado histórico de la institución universitaria y, por eso, se honra en tener, entre otras muchas, enseñanzas de Teología, Derecho Canónico, Filosofía. Estas ciencias constituyen áreas de investigación académica con especial interés en nuestro tiempo, pues de ellas deberán salir respuestas válidas sobre el hombre y la Humanidad, que la nueva civilización plantea.

La historia de las universidades manifiesta que en sus albores las aulas del *Alma Mater* sirvieron para nutrir la inteligencia de un buen número de clérigos. Díganlo si no Bolonia, Oxford, París, Salamanca y un largo etcétera. Quizá como eco actualizado de aquellos tiempos, asistimos hoy a la apertura del Undécimo Simposio Internacional de Teología, cuyo tema de reflexión «La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales», entronca con una tarea muy querida por la Universidad de Navarra: hacer lo posible —y mucho más, diría yo— para que numerosas personas cursen enseñanzas en sus Facultades de estudios eclesiásticos y en la gozosa realidad del Ateneo Romano de la Santa Cruz. Quizá Vds. piensen que esa tarea supone no poca carga. Con conocimiento de causa puedo asegurarles que están en lo cierto. Pero como de servir a la Iglesia se trata, más vale silenciar el esfuerzo y seguir adelante.

No puedo ocultarles que en estos momentos es muy difícil para mí trazar linde entre el deber de justicia que reclama grati-

tud, y la devoción filial atónita ante tanto don del cielo. ¿Por qué digo esto? Porque pienso que si hoy y ahora nos encontramos aquí, se debe a una donación de la Providencia que nos hace beneficiarios de la fidelidad de un hombre de Dios, sacerdote santo, vocero del alma sacerdotal, gran universitario: el Venerable Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador de esta Universidad. Y si este Simposio es ocasión propicia para avanzar en el estudio de la formación de los sacerdotes, se debe a la iniciativa y decisión de una de las personalidades que más contribuyen al logro de ese objetivo, con su oración, sus escritos, su intenso trabajo y participación en diversos organismos de la Iglesia: el actual Gran Canciller de esta Universidad, Mons. Alvaro del Portillo, Prelado del Opus Dei.

Como la sencillez es connatural a las almas grandes, me limitaré a manifestar en nombre de la Corporación Universitaria, el sencillo y profundo doble testimonio de gratitud.

Bien comprenderán Vds. que sería inadecuado intentar adentrarme en el análisis de alguno de los objetivos de este Simposio. Quizá pueda asomarme un poco con una sencilla idea que sólo tiene el aval del más amplio sentido; también conocido como sentido común. Desde mi condición de universitario, cristiano corriente, ciudadano que paga los impuestos, observo un conjunto de actuaciones con gran poder de formación en nuestro tiempo. Ese conjunto de actuaciones se podrían apañar en una sola palabra: ejemplo. Me parece que el ejemplo del sacerdote es un valor importante en la formación de sus compañeros de sacerdocio y de quienes aspiran a ese ministerio sagrado. Pero ejemplo, ¿de qué? El hombre de la calle observa, entre otras cosas, ejemplo de piedad que acerca a Dios; espíritu de servicio que sabe obedecer en libertad; comprensión que abraza pluralismos; ánimo sereno que siembra paz; sabiduría que mueve al estudio; fe que supera con alegría la contrariedad; reciedumbre que no elude el sacrificio; unión con la Jerarquía como primera manifestación de fidelidad... Para qué alargar la relación si el observador descubre un paradigma. Estas actitudes ejemplares, y muchas más, se encuentran con los ojos del alma al contemplar ese regalo del Espíritu Santo, que es Juan Pablo II.

Quienes saben, dicen que la excelencia de una reunión científica se valora por tres aspectos: acierto en la elección del tema, ni-

vel de organización, y —sobre todo— personalidades que participan. Al hilo de esos criterios de valoración, debo felicitar a la Facultad de Teología por este magnífico Simposio Internacional. La presencia del Emmo. y Revmo. Sr. Cardenal D. Antonio Innocenti, Prefecto de la Congregación para el Clero, y su valiosísima participación con la conferencia de apertura, es honra singular para la Universidad de Navarra; lleva al más cordial de los agradecimientos que se prolonga a lo largo del tiempo con el mejor recuerdo para aquellos sus años como Nuncio en España.

Cuando la amistad continuada anda por medio, es arduo agradecer a los amigos con el calor de la primera vez. En esa dificultad me encuentro ahora al querer dar las gracias al Arzobispo de Pamplona, D. José María Cirarda, y al Vicario General, D. Angel Echeverría. Que el recíproco afecto acumulado dé a la expresión de gratitud la impronta de lo original.

Concluyo estas palabras deseándoles a todos Vds. unos días de trabajo fecundo. No me cabe duda que así será, pues pensar en la formación de los ministros de Dios, es una delicada forma de invocar a su Espíritu.

Muchas gracias.

